20261101. Ciclo A. XXXI Domingo del T. O. Solemnidad de Todos los Santos - UCA

Hoy, al celebrar la Solemnidad de Todos los Santos, honramos a todos los santos y santas de Dios, conocidos y desconocidos, que nos precedieron en el camino al Cielo. Los santos fueron hombres y mujeres comunes, con sus luchas y fracasos, que depositaron con alegría su confianza en el amor de Dios y siguieron fielmente a Cristo.

En la primera lectura del Apocalipsis de hoy, san Juan describe «una visión de una gran multitud… de toda nación, raza, pueblo y lengua» de pie ante el trono de Dios. Estos son los santos que perseveraron, sobrevivieron a grandes tribulaciones y permanecieron fieles al Señor. Sus vidas nos recuerdan que todos estamos llamados a la santidad.

En la segunda lectura de hoy, San Juan refuerza este llamado universal a la santidad. Nos dice: «Mirad qué amor nos ha otorgado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios». Mediante el Bautismo, nos hemos convertido en hijos e hijas del Padre, y es por su gracia que podemos perseverar en la alegría.

En el Evangelio de hoy, Jesús nos ofrece una guía hacia la santidad. Llama bienaventurados a los pobres de espíritu, a los que lloran, a los mansos, a los que tienen hambre y sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón, a los pacificadores y a los perseguidos. Según los estándares mundanos de éxito, estas cualidades no cumplirían con los requisitos, pero Jesús dice: «Alégrense y regocíjense, porque su recompensa será grande en el cielo».

Esta es la alegría que descubrieron todos los santos que nos precedieron. No tuvieron vidas fáciles, pero pudieron salir con valentía, esperanza y alegría para servir a los demás y proclamar el Evangelio, sabiendo que Cristo era su tesoro eterno. Cada año, les pedimos que renueven su compromiso con la misión de Cristo en nuestra Iglesia a través de la corresponsalía parroquial. Esto también incluye la oportunidad de unirnos mediante la Campaña Católica Unida para ir más allá de los límites de nuestra parroquia y apoyar ministerios, programas y servicios vitales que enseñan, guían y sirven a innumerables vidas en toda la Arquidiócesis de Indianápolis. Ya deberían haber recibido por correo los materiales para la renovación de su corresponsalía. La campaña de este año se titula «Salgan con alegría». Los animo a discernir en oración cómo Dios los llama a salir con alegría para llevar a Cristo a los demás a través de su oración, su testimonio personal y sus donaciones económicas. Dar es un pacto donde cada uno de nosotros ofrece fielmente lo que puede por amor a Dios y al prójimo.

Quisiera tomarme un momento para explicar algo que a veces causa confusión: ¿Cuál es la diferencia entre nuestra Administración Parroquial y la Campaña Católica Unida? Las ofrendas que hacemos durante el ofertorio dominical apoyan principalmente a nuestra propia parroquia. Ayudan a pagar las cuentas, mantener nuestros edificios y cubrir los gastos de funcionamiento de la parroquia.
Por otro lado, la Campaña Católica Unida apoya la misión de toda la Arquidiócesis de Indianápolis. Contribuye a financiar ministerios y programas que ninguna parroquia podría ofrecer por sí sola. Estos incluyen asistencia a personas necesitadas, educación católica, formación religiosa, ministerios familiares, atención a sacerdotes jubilados y la preparación de futuros líderes de la Iglesia.
Pero quizás se pregunten: ¿Cómo beneficia la Campaña Católica Unida a nuestra parroquia? ¿Qué recibimos a cambio? El padre Chris me sugirió que compartiera un ejemplo que conozco muy bien. Y ese ejemplo es mi propia historia.
Durante muchos años, mi familia y yo fuimos miembros activos de la parroquia de San Bartolomé. Con el tiempo, nos involucramos más en la vida de la Iglesia. Servimos como lectores y ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión. Ayudamos a preparar a los padres y

padrinos para el bautismo, acompañamos a las parejas que se preparaban para el matrimonio y participamos en retiros espirituales.

Un día, Amalia y yo recibimos una invitación para participar en un programa llamado Liderazgo Pastoral, ofrecido por el Instituto Pastoral Intercultural de la Arquidiócesis en Indianápolis, con el apoyo de la Campaña Católica Unida. El programa se impartió todos los jueves por la noche durante dos años. Su propósito era sencillo pero importante: preparar a las personas para ser mejores líderes y servidores en sus parroquias. En aquel momento, no teníamos ni idea de adónde nos llevaría esa oportunidad. Mirando hacia atrás, veo que fue el comienzo de un camino que finalmente nos abrió las puertas a otra posibilidad: servir a la Iglesia como diácono permanente.

Como algunos de ustedes saben, convertirse en diácono requiere cinco años: uno de discernimiento y cuatro de formación. Y créanme, no es un proceso sencillo. Requiere tiempo, estudio, oración, dedicación, retiros espirituales y muchas otras actividades. Todo esto exige personas, instalaciones, materiales y recursos. La arquidiócesis organiza y apoya esta formación, y la Campaña Católica Unida contribuye a que muchos de estos ministerios sean posibles.

Hay otro detalle importante que quisiera que supieran: para los hombres casados, la formación no se limita a que el hombre se convierta en diácono. También involucra a su esposa y a su familia. Se requiere el consentimiento de nuestras esposas y se las invita a participar en muchos aspectos de este proceso, ya que el diaconado no es una vocación que se viva al margen de la familia. Afecta a nuestros matrimonios, a nuestra vida familiar y a la forma en que servimos a los demás.

Tuve la bendición de formar parte de la cuarta promoción de diáconos permanentes de nuestra Arquidiócesis. En 2022, dieciséis hombres de nuestra promoción fueron ordenados. Y si Dios quiere, el próximo año, otro grupo de catorce hombres será ordenado para seguir sirviendo a nuestras comunidades. Ahora, permítanme retomar esta historia para la Campaña Católica Unida: cuando ven a un diácono sirviendo en la Misa, proclamando el Evangelio, predicando, celebrando bautismos o acompañando a familias, están viendo los frutos de la formación. Quizás no veas las aulas, los retiros, las horas de estudio ni a las personas que hicieron posible esa formación. Pero todo eso forma parte de la historia del ministerio que ves aquí, en el altar y en toda nuestra parroquia.

Los diáconos sirven sin recibir salario por su ministerio. Pero nuestra capacidad de servir se sustenta en años de preparación y en la generosidad de muchas personas. Y yo soy uno de esos frutos.

Por eso quise compartir esta historia con ustedes. La Campaña Católica Unida no se trata simplemente de donar dinero a una organización. Se trata de apoyar una misión que trasciende las fronteras de una parroquia. Se trata de ayudar a preparar a quienes servirán a nuestras parroquias mañana, acompañarán a nuestras familias y llevarán el Evangelio a los demás.

Y eso es algo hermoso de nuestra Iglesia: lo que damos generosamente hoy puede convertirse en una bendición para muchas personas mañana. Por eso, al considerar nuestra contribución a la Campaña Católica Unida, recordemos que no solo apoyamos programas, sino que ayudamos a las personas a crecer en la fe, preparamos a futuros líderes y fortalecemos la misión de nuestra Iglesia.

Que los santos intercedan por nosotros, para que nunca perdamos de vista nuestro tesoro celestial. Que confiemos en el amor de Dios, vivamos las Bienaventuranzas y salgamos con alegría, unidos como un solo cuerpo en Cristo, seguros de que Dios sigue obrando a través de nosotros.

Apocalipsis 7:2-4, 9-14, 1 Juan 3:1-3, Mateo 5:1-12a